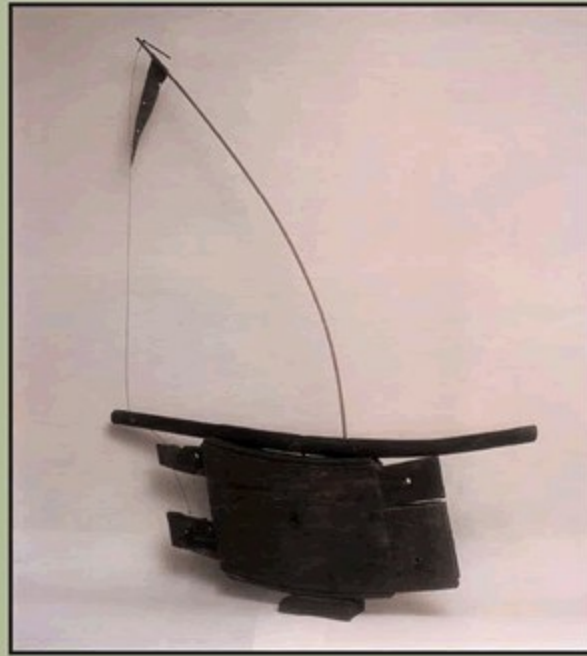


Inés Aráoz
ECHAZÓN
y OTROS POEMAS



Inés Aráoz
ECHAZÓN
y OTROS POEMAS



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano

Inés Aráoz

**ECHAZÓN
Y
OTROS POEMAS**

Aráoz, Inés

Echazón y otros poemas. - 1a ed. - Buenos Aires

ISBN 978-950-694-828-3

Inés Araoz

inesaraoz@uolsinectis.com.ar



Echazón:

Término náutico. Acción y efecto de arrojar al agua la carga, parte de ella u otros objetos pesados de un buque, cuando es necesario aligerarlo, principalmente por causa de un temporal.

DE PURO ESPACIO Y SILENCIO

Gloria in excelsis Deo

Acaso era un poema –ese silencio– echado a los pies del
arco iris nocturno guardador de lo pactado.
El vínculo inviolado, su mismo fin y su comienzo.

Resplandecía en Yacanto la luna llena.

Iruya

Qué puedo decir del paisaje
Si todo lo olvido al segundo
Salvo la imagen de mi cuerpo osado
Mirando en lontananza
Es esto lo que queda: un inmenso
Cuerpo de puro espacio
De puro espacio
Y silencio
Pero sobre todo un muro
La mía frente
Resistiendo ese fraseo del viento
Como un movimiento suave del paisaje
De puro viento
En la mía frente
Y además, alcanzo a recordar
Esta piedra en punta
Que me he traído
Esta piedra que entonces vi
Torneada por el viento –vi y pensé
Y mis manos hasta ella se llegaron
Y con todo su peso me la traje
Como puede un paisaje, una madre
Llevar a su niño en brazos
Sin más pensar oteando

El espacio profundo

Profundo

Azul

¿Sería azul?

Poema

En esta misma casa
De cuya navegación me ufano
En el secreto movimiento
De mis células más íntimas

En esta misma casa
Estática
Que construí con la pasión
De quien va a montar su primera obra
El techo de los pobres
El techo de los ricos
El de quien al fin agacha la cabeza
Y entra al mundo

En esta misma casa inserta en una selva
Antes sólo Sirio brillando algunas noches
Y en la que florecen los acantos al llegar octubre
En esta misma casa
Y entre sencillos actos repetidos día a día
Como enderezar los cuadros de un costado
O bien del otro
Los primeros de Diciervo que colgara entonces

Cuando con ojos de navegante miraba en lo alto
En las hojas de las palmeras
El leve balanceo de las paredes sin techumbre
Y me preguntaba cómo sellar
Ese último reducto de libertad
Que haría de mi casa un templo

En esta misma casa
Que apenas si ha cambiado su apariencia
Es verdad que los hexágonos del piso
Me traen ahora a la memoria
El cielo de las aguas que en el Mediterráneo bañan
Las playas de Tipazá
Es verdad que el adorable pájaro ptitza
Aletea de cuando en cuando entre estas paredes blancas
Siempre blancas

En esta misma casa
Desde la que me gusta contemplar a las tortugas
Devorando los capullos recién caídos de la rosa china
O el feroz combate de las grandes hormigas que luego
Por la noche
Roerán de a poco la pinotea del cielorraso

En esta misma casa a cuyas puertas y ventanas
Los benteveos acuden en noviembre
A depositar su ofrenda de moras maduras

En esta misma casa me pregunto

En qué puerto estoy
¿Es posible que este pequeño barco con su tierra
a cuestas
De lapachos y palmeras
Teros guardianes
Y la mirada entrañable de algunos perros
Haya navegado tanto que pueda yo decir
Un hijo tengo y no tengo un hijo?

Jugando con los hilos de la luz
Hacer la propia casa y navegar hacia lo alto
Y el corazón que arde
Girando
Girando
Girando
¿Cómo decir esta misma casa y el poema
Sólo buscan la piqueta o el silencio evanescente?
¿Cómo hacer del propio barco la navegación
sin perder el rumbo?
¿Del rumbo hacia lo alto el propio barco?

Hokusai

Dedicado a Adriana Aráoz y Eduardo González

Una única manzana se pudría al sol
Y las gaviotas alineadas escrutaban la pesca
Yo me hubiera vestido de blanco ese día
Con ropas sueltas
Y hundiendo mi peso en la arena
De bajíos y promontorios
Desportillando conchillas y pequeños crustáceos
Con la altivez de un ave tacina
A la que los perros de los médanos no dan alcance
Hubiera partido el horizonte

La estrella en su frente partía el horizonte –decían

Engalanada y feroz, rebasando su propia cresta
La ola de Hokusai, la de Hokusai tan sólo
Suspendida
De un salto prodigioso
Avanzó sobre el mar distante

Es la cueva del amor –pensé. Y mi vientre
Empezó a crecer mientras el mar se retiraba
Hacia el este voltearon las gaviotas su bauprés de oro
Y se hundieron, augurales, en la jornada blanca

Y en verdad había restos de alquitrán
En las plantas de mis pies
Y mis labios de por sí acostumbrados a la embriaguez
De la palabra
Percibían de pronto la sal del padre y de la madre
Y se reían –¡reírme así, yo, tan pequeña!–
De las historias del amor que con la muerte se acicalan

Acodado en la arena
En la profundidad última de lo dicho y de lo no dicho
Y aun de aquello que no debe nombrarse
Un rostro bruñido por el sol
Perseguía burlonamente la cintura efímera del agua

Hokusai se interna en la espesura verde
Y el viento arrastra los huevos apergaminados
de los caracoles
Un tronco yace en la playa como hombre dormido

Ahora sé que la muerte no me atañe.

Poema

Dedicado a Dolores Etchecopar

Ningún dios puedo crear que me devuelva el universo
¿Por qué tuve que nombrar?

Pasión del nombre primer espejo
(No cabe en mí mi muerte)
 que nos roba el árbol, la nube
 y el primer espejo

Sólo la palabra para horadar la palabra
Palabra frontal, arco, tangente
Silencio
Palabra muerte roscada, a derecha y a izquierda,
 repetidas veces

La palabra sol o poema
La palabra barco navegando entre palabras
 con panzas de plata

Cargando poetas cargados
de buenas y filosas palabras
para trizar el lenguaje de las cartas marinas

La palabra amor llevada y traída
en el pico del pájaro ptitza
dulce palabra de Gogol en sus playas

El casco de la palabra

Acaso sea el universo la palabra

Poema

Por la sabiduría me acerco al mundo
Por la santidad vislumbro a Dios
Por la sabiduría voy hacia la paz
Por la santidad accedo a una última revolución
Por la sabiduría me entrego a la tierra
Por la santidad crezco hacia la luz
 como un átomo de oro

De lo profundo a lo alto oscilo –sabiduría,
 santidad– rebuscando con porfía
 esa medida exacta
 que fue el amor

Tucumán

Y cuando piso el extendido rodal de oro
Que la piedra echó a mis pies
Sé que estoy ante la abundancia del mundo
Y los mendigos de la ciudad que lo pisan
Son mis hermanos, de entre ellos yo una
Los dueños de la ciudad
(Esta ciudad vieja y luminosa)
Una mano entrega a la otra
La espiga de trigo y cajas vacías
Cosas para portar sobre los hombros
Por la ciudad devastada

Un lapacho, un solo lapacho ha florecido
En toda la ciudad
Y es la luz que la alumbra
Y que se esparce por el suelo y desborda
Los pequeños cráteres de adoquines disueltos

Poema

Esa fantasía recurrente,
esa veleidad de que su casa volara en trizas
o ardiera como un cáliz borbotante de fuego,
ese sueño de barco en llamas,
de trizas de corazón,
de añicos,
de libros ardiendo,
¿tendría algo que ver con el mendigo
que ofrece en la palma abierta
el Paraíso?

Poema

Los trozos de casa
Verdaderos trozos de casa
Bronce retorcido
Astillas de granito natural
Piedras
Muchas piedras como testimonio
De las muchas eras que en una casa moran
En la nube de polvo
Se desperdigaban
Como tizones ardientes
Y yo soplaba en la panza quemada del sauce
La última fiesta roja
De sus fragmentos humeantes
Es verdad
Que aún yo estaba viva
Y los diezmados escombros
Eran sólo una imagen
Del estallido
Arde el corazón en el campo
Y un nuevo pacará que brotara
Un tierno cebil desde el cielo
He visto
Estoy viendo
Acaso fuera el porte majestuoso

De un *porphyria phoebe*
Siempre ansioso de luz
Y desde entonces creciendo
Incansable
¡La nave! ¡La nave! –se oían voces
Comunidad fuera
La travesía de esos cuerpos ígneos
Brevemente ígneos
Levitando en el espacio
Como si en ellos retozaran
Idiotas o pájaros
Los espíritus
Aguardando mi resurrección

Un nuevo orden

Distorsionada, quebrada está la escena en el ojo del
águila
pescadora

Como un ala de plumas blancas rasando la superficie
crespa,
corre el río en la pura transparencia del agua

Desde la arena tibia contemplo el vuelo soberano
y nada me atrevo a afirmar

Poema

Dedicado a Santiago Di Lella

Y los pájaros arrasan el vuelo
Y se hunden en la misma desnudez del agua
Cómo renunciar entonces a esa simple alegría
¡Oh gran inercia de la gran naturaleza!
La costura más perfecta del más simple motivo:
La vida

Poema

Me gusta saber que están
Esas personas
Con quienes
Alguna vez
Necesité alternar
No más
Me basta
Oír sus voces
A la distancia
Y yo en un punto central
Inamovible
Esto es así por haber renunciado
A las riquezas del padre
Y de la madre
Esto es
Al movimiento del mundo
Para escuchar mejor
Para ver
Para poder ver
Presunción en fin
Esto es un árbol
Fue mi comprensión primera
El modelo de alegría
Que he buscado

Nunca más
O tal vez sí
Un ojo interno
Rodando por el pasto
El amor
Fue la providencia
Que no esperaba
Lo terrible
Lo rasgado del cielo
La extranjería
Lo más próximo a la muerte
Era música el amor
Era un río pasmoso
Y me desvelé
Nadie más que yo lo sabe
Y lo supe
Por un instante

Variaciones de lo rojo con pájaros contra la pena de muerte

¡Ay, la terrible belleza roja de la muerte!
De lo que, desde tan lejos, llamamos muerte

ROJO

La piedra que la mano arroja
Rojo al volver la piedra con dos alas de nube rota

También es pájaro el aleteo del sueño
Contra la nube roja que nos desasosiega

También es pájaro la sangre que el ojo vierte
Al cruzar la horqueta

Rojo el desesperado batir de alas
Sobre el corazón del mundo
Rojo el dolor emplumado que mi mano arroja

Roja la piedra que dispersa la blanca fragancia
De la nube

ROJO
La luz del crimen

El estupor rojo

Volatinero de Manhattan

El dedo de oro del sol
Con pulso diestro
Iba nombrando cada cosa
En la mañana
El mundo entero resbalaba
En esas cúpulas de luz
Por un segundo fue visible
Mi viejo y simple corazón volatinero
Y para sí deseó
El estallido fuera su último latido
Y no el airado gesto de algún dios
En lo religioso del día

Lo poco que sé

Sé que la tierra come sin verdadera hambre, muchas veces, de oficio, pero qué perfección en su dentellada, cuando acaso asoma un atisbo de hambre y uno, distraídamente al morir, alcanza sin querer a verla en el momento de hincar el diente y qué azoramiento entonces, qué esplendidez de boca roja, es el amor se entiende, es el amor la muerte, ¡qué entrega, qué esplendidez de boca roja!

Sé que la tierra cuenta, y el mar y el aire y no cómo uno vive y la pequeña casa que se cuida como a un catamarán ligero. Sé que los cuatro vientos, y los animales cuentan, como el sol que sale y se esconde luego y no lo que yo piense ni cuánto diga. El amor sí o bien la muerte, si se quiere llamarle así. Más, necesito más. Más, mucho más que la vergüenza o la más tenue brisa de alegría. Por ello, trafico con libros.

García Lorca

La cara del dios
La cara de Dios

El recorrido de la bala que roza el alba
y se aloja en la plumilla blanca
del ave cazadora
El pie arrojado hacia el gran sol
por una de esas madres
y los hilos de la luz en su garganta
El canto
La voz para reconocer al hijo

La imagen
Y semejanza

Oración por Malcolm Lowry

Dedicado a Hugo Foguet

Sé que voy a morir
Y me pesan, por Dios, los poemas
De Malcolm Lowry.
¿Es posible rodar tantas veces
y por tantos espejos desolados?
He leído a Conrad, los Naufragios
De Foguet. Otros náufragos chapotean
En la memoria del mar.
Pero esto es sólo una taberna
Y alguien bebe el agua ardiente
El horror es la pureza, rojo tizón
La pureza es el horror
De este naufragio.

A mi muerte he de vivirla aún

Dedicado a Tita y Carlos Scaro

Soy yo
La única rebelde, la que dice
Esto he de oponerle al sol
Como si en su corazón juntara
Las letras todas
Los más probados idiomas.
La biblioteca del mundo he de oponerle al sol
Me digo y rejunto los sonos diversos
Las mejores campanas guardo
Para encontrar al fin
El único son que no esté notado
¡Y ésa será la lengua de oro!
Una palabra sola.
Los demás callan, me dejan hacer
Es la menor, piensan
Y sus pensamientos son como páginas
De libros
Que el sol va incinerando

El amor, ese sueño

“Oh, el que sueña no puede ser salvado.”

Marina Tsvjetáieva

En un espacio de veinte años
—la diferencia de nuestras dos edades—
como un río lechoso que juntara
en sus indefinibles aguas
mis juegos a sus días de infancia
—estoy hablando del amado—
soñábamos nuestros peores sueños.

Y ni los místicos vapores de Dios y del amor
que a la luz del sol nos envolvían
Y ni siquiera la muerte con su tardío fulgor
bastaron para despertarnos.

Noche de San Juan

Oí decir que poesía es celebración
Entonces celebro el ruido del mundo
En la hoguera nocturna
Y las plantas de los que mucho creen
Pisando la brasa viva, mis ojos, libre de su ceniza
Debo decir que mis ojos ven cada señal
Cada historia y que sus rojas vibraciones solares
Se sofocan bajo el peso de los cuerpos
Con sus mundos a cuestas
No quiero olvidar los nombres que se queman
Esta noche de San Juan fabulosa artesa
Antes será el ritual, luego el incendio
La ciudad de dios es una puerta apenas
Mis ojos ven que es imposible
Hablar sobre poesía
He impartido un orden a las palabras
Para que sean tragadas
Por la hoguera del mundo
Hijo del sol, Tenochtitlán
Tenochtitlán, borbotante corazón
En su propia clava de obsidiana
Otra vez enciende el fuego de la noche
Y de la laguna brotan los hijos y las piedras
De nuevos templos y ciudades

¡Oh gran chisporroteo!
Tenochtitlán, una palabra
¡Krakatoa! ¡Alcatraz!
Guerrero samurai, orador de la montaña
Gota a gota el seppuku de las brasas
El amante sueña y los sueños del amante
Bambolea una barca
Lejos de la noche y de su cuerpo mismo, desdoblado
Lejos de la amada y del mar que también lo acuna
¡Extranjero amante!
Ciudad inaudita que el celebrante ofrece
Al ruido del mundo en este instante
La amada, la mujer sin rostro
Recupera la mirada entre los labios del amante
Y se arroja para siempre en ese abismo
¡Oh gran chisporroteo!
Sólo un instante
Las cenizas vuelan y el aliento de los celebrantes
Mis ojos ven que nada se repite

Mis ojos
Crepitación de mil ciudades

PEQUEÑOS OBJETOS

Hay épocas así. En que la noche no es culminación del día

A la oración, mientras la nave tierra se aleja de la luz del sol, uno empieza a desarmar la trama que se ha urdido durante el día. Y así la jornada se divide en lo banal del día y la noche sustanciosa o, dicho sea de mejor manera, la noche llega, al final de cuentas, para renegar del día. Y ya no es la noche lo que sigue del día, sino lo que lo niega.

Las palabras que arrojé a la otra orilla

Aún me pregunto
Si quien lee estas palabras
Si cada palabra mía en quien las lee
Es contemplación piadosa de su corazón
Sobre un estandarte tendido en un campo de batalla
Ya silencioso
O será cada palabra en el corazón ajeno
Mi última muerte, la más reciente
Que se me otorga
Entre bambalinas

Poema

Cada cifra del poema
Tomaba su valor
Del lugar que mis dedos le asignaban
Sobre el teclado
Y yo, sin palabras, transcribía
Leía una partitura interna
Una voz en realidad, un sonido
Dios

El poema

La voz que el poema busca
La viva voz
El *encore* de los cuerpos en la pasión
La luz que las piedras se traen
Al rodar en la noche
La plegaria de Babel
Azotando el espacio blanco
El arriba y el abajo
Del hombre desnudo
Y lo que no es arriba ni es abajo
Esta misma sed
Del ojo que todo lo ve

Poema

No pesaba tanto el mundo. Más bien tendía a desplegarse como un par de alas sabiamente dotadas para el vuelo. ¡Qué par de alas y qué alto vuelo, Icaro, mi cuerpo-alma, pleno, no más que la menos visible de sus plumas! Qué alegría un par de alas, mundo, retozando, girando, pivoteando sobre un hálito delgado, finísimo, en esos espacios, en esos espacios

Poema

El tren superexpreso
Atravesó mi pecho como una bala perdida
Y mi cuerpo hueco seguía avanzando
Y para sí deseaba
Una lengua de bufón tan sólo
Que clamara al cielo
Que pudiera aún pronunciar
A pesar del fragor del viento y la humorada
La primera palabra
Sin rencor
Y a tal velocidad
Dos brazos
Para gozar del rostro
De la civilización

El silbo de las comadres

Como un rumor de aguas profundas se expande el silbo de las comadres y al mundo cubre

Las monedas de cambio son ahora las palabras intersatelitales, los bip-bip, las iglesias del Este que resurgen, la traición de la mujer aquella. Y contra el murmullo de las comadres al atardecer conspira la volcánica arenilla del Laskar abriéndose a los vientos en forma de hongo atómico. Las murmuradoras corren las sillas una o dos baldosas al resguardo de la cancel como en los tiempos de antes de las tardes de barrio y se guarecen en la media lengua del chisme y las buenas costumbres con los brazos holgando a los costados del cuerpo y la mirada perdida en los propios temerosos corazones.

Las lenguas se confunden en la quietud del final de los tiempos y hasta el mar de Perse llega el siseo de las comadres, los bip-bip, el amor y la mujer traidora y el dulzor que empieza a cubrir al mundo, el dulzor del sueño, ese dulzor del sueño y el dulzor que la noche se trae

El langostero

Es verano y atardece. Envuelto en el vapor del rocío que ha empezado a levantarse en el horizonte, tiznado el trapo que le cubre la frente, el cuerpo entero ennegrecido con el hollín del gasoil ardiente, se acerca el langostero por el campo yermo.

Tucumán, la tierra de la abundancia, de la selva, del laurel que busca en altura la luz, era también la tierra del matador de langostas y del hedor proteico del despojo de la muerte, cuando la langosta ha devorado la grosura verde de los campos al precio de perder su propia cría a manos del langostero. Blande el zinc el langostero y cava; con la impiedad de su oficio, cava las trincheras donde irán a morir las crías de la saltona.

¿Qué es peor, la divina y feroz langosta que ya ha aserrado todo lo verde y empieza a depredar el mismo tronco balanceando su vientre gordo sobre el sueño del labriego o la mano carnícera del demonio langostero blandiendo la chapa del degüello sobre el páramo ondulante?

El cuarto, es el quinto día. Lo verde se ha hecho negro y hiede.

Hondo es el clamor que sostiene al fantasma langostero.

Cargo de conciencia

Mi cuerpo, por cierto, es más valiente que mi primer cuerpo. Se ha atrevido a más años. Ha cruzado la línea del Ecuador y el Trópico de Capricornio. Ha explorado mejor la nave, algunos rincones de la nave. Ha desafiado mejor la muerte, el agotamiento. Este cuerpo no es sólo historia. También proyecto. ¡Vaya si no será mi cuerpo memoria!

A la vuelta de los siglos, el primer hombre otea al viento sus propias cenizas, esta conciencia veloz, velocísima, y que de él desprendida, es ya pura acción.

Entreabierto cielo

Vi pasar esa camada de nubes y la luz posarse en los pequeños objetos, con retaceos y sobre todo, tan fugazmente y sobre todo tan limpiamente, esto es, sin intenciones, sin que mi mente pudiera decir esto o estotro. Y sobre mi espíritu, no de otra manera, con retaceos, limpiamente, fugazmente, posábase entreabierto el cielo.

La copa de Lalique

Cómo imaginar
En esos años fuertes
Que un día me deleitaría
La desnudez del agua
En la pequeña copa de Lalique
René Lalique le puso al agua un velo
Y lo que antes era agua, simplemente
¡Oh tiempo! es ahora, tras el velo
Desnudez

Imponderable

La distancia que nos une al libro

a una flor

al amado

–imponderable–

nos devuelve el canto

–y no hay voz–

la luz

–y los ojos se han cerrado.

Tipazá I

Tipazá es un nombre, una curiosa palabra que resiste los embates del Mediterráneo en las playas del norte de África. La arrojé junto a otras como ptitza, en ruso pájaro, o como pequeño fuego –en catalán foguet– y volvedora, como otras, quizá siguiendo el trazo de la ola de Hokusai, otra vez en mi mano se dispone a ser arrojada.

Tipazá II

Claro que está este cielo
Y el temblor del ala
Adueñándose del corazón como un latido
La muerte, viento suave a la oración
Las palmas
Con qué insistencia miro el mar
Desde la playa de Tipazá

Por los siglos de los siglos
Mis piecitos recorrían presurosos
Lo inmutable en la presencia del ángel

Dedicado a Diego Enríquez

La velocísima rotación de su alma despedía imágenes por doquier; era una velocidad verdaderamente alquímica que guardaba, en su íntimo centro, la quietud y el silencio, la mismísima suspensión del universo. Y por no sé qué artilugio, en la sonrisa y el fulgor oscuro de esos ojos que ni siquiera miraban, asomaba yo llena de la presencia del ángel, derramándome como agua fresca a la luz de la luna, por su cuerpo sin fragancias, dócil a las caricias.

Y lo curioso de esta situación es que no se trataba de un sueño.

Primavera del 90

Inmejorable el olor de la lluvia, de la flor tierna
Inmejorable la carrera del jugador de pelota que inhala
su vida

Profundamente

Inmejorable el primer destello del sol
En el despertar arisco del soñador

Inmejorable el santiamén que se nos ha concedido

Poema

Pareciera entonces que la única alternativa fuera llenar las paredes blancas con mis escritos, como glifos en las piedras, que fueran como el blanco mismo una suma de lo articulable de la lengua o del gesto de las manos del mundo que escriben de arriba a abajo, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, balbuceos, los balbuceos, sí, lo que está antes, lo mucho antes, lo calado, lo estampado, el mero regodeo de los ojos que sin embargo fuera un latido fuerte con su mayor afluencia de sangre y asimismo fuera un delgado silbido en la noche propagándose de montaña a montaña, una escala que no lo fuera, lo antes, lo antes, ángeles que fueron hombres y los ojos en mis ojos de una ruborosa galga blanca de las pequeñas. Y estos escritos intrascendentes se verían de lejos y yo me sentiría protegida por ellos cuando el huevo del mundo empezara a resquebrajarse y yo asomara, tan miedosa por el ruido –¿sería el del benteveo al destrozar su vibrátil presa contra la piedra?– seguramente a una dimensión más llena de gracia

Echazón

Dedicado a Hugo Foguet

Vine a ser tu casa
Bien en claro lo tenías
Tu errancia por el mundo
Y extranjero
Buscando el plato tibio
De la luz doméstica
Desde antes del comienzo
Y el desasosiego
De la nube rota
Por el esfuerzo desmedido
De tu brazo mío de soberbia
(Del mismo brazo hablo
Con que me ceñiste a tu medida
De viajero)

Vine a ser tu casa, digo
Buscador de soles
Y de diosas

Y al agua juntos
En cada temporal echamos
Las medias tintas, las medias frases
Los rezongos
Tu cuerpo al mío anillado
Y aún te veo niño –yo, tu madre–
En lo peor de la tormenta
Descubriendo el escondrijo
Del candelal y la ambrosía

Tu medida y la mía
La insensatez del primer abrazo
La penosa búsqueda de Dios
De la pureza
La entelequia
De nuestros dos cuerpos fundidos
Aún te veo
Empujándome al delirio
Rezumando la ambrosía
Ofreciéndome el deleite

Vine a ser tu casa
El barco fiel que para nosotros era
Símbolo de la fe
Los dos lucíamos las marcas
De la común medida
El destierro, lo sé –dijiste
Y buscabas a tientas

La luz del hogar
El leño familiar, la madre
El plato tibio del candel
Y la ambrosía

Y en las tormentas, juntos
Anillados
Echábamos por la borda
El peso muerto
De las medias tintas, de las medias frases
¿Por qué cantábamos
Buscador de soles
Y de diosas?
¿Por qué bailábamos, hechizador
En lo peor de las tormentas?
La fe es algo –me contestas

Y mi corazón asciende
Como una pelusilla blanca
Que el viento prende

Vine a ser tu cuerpo
Ceñido por un brazo de hierro
Al rojo
La vulva y tu miembro dominador
Azote del alma esa pureza
Que los dos buscábamos

¡Que nos cruzara la fe!
Y tu lengua fornicadora
Lanzaba al cielo imprecaciones
Que mi garganta afónica
Sólo podía silbar

Silbo de la noche
Pájaros nocturnos
Nos quemaban el aliento

Vine a ser el grito
De la mujer doliente
Que ha perdido al amado
Como me perdías tú en tus sueños
Tantas veces
Y los ojitos tiernos de la domesticidad
Te dieron lo que pedías
El dulzor de la madre
Primera ambrosía

Y como los verdaderos poetas
Y los grandes pecadores
Con la palabra me haces tuya
Látigos de posesión
Se anudan a mi garganta
A una vez despotricando
Y bendiciendo

¡Basta ya! –me digo
¡Te amo y basta!

Último poema

Dedicado a Hugo Foguet

Agua debería ser
La escolta del amor.



DATOS DE LA AUTORA

Inés Araoz

inesaraoz@uolsinectis.com.ar

Inés Aráoz nació el 9 de enero de 1945 en San Miguel de Tucumán, ciudad en la que reside actualmente. Realizó estudios de Lengua y Literatura Inglesa, música y luthería en la Universidad Nacional de Tucumán. Publicó los siguientes libros de poesía *La Ecuación y la Gracia*, 1971; *Ciudades*, 1981 (mención y recomendación de publicación Premio Ricardo Jaimes Freyre 1981, con un jurado integrado por Olga Orozco, Roberto Juárez y Raúl Gustavo Aguirre); *Mikrokosmos*, 1985; *Los Intersticiales*, 1986 (mención especial del Premio Nacional de Poesía 1984-1987); *Ría*, 1988 (tercer premio de la Fundación Argentina para la Poesía); *Viaje de invierno*, 1990; *Las historias de Ría*, 1993; *La comunidad. Cuadernos de navegación*, 2007; *Echazón*, 2008; *Pero la piedra es piedra*, 2009; *Agüita*, 2010; *Notas, bocetos y fotogramas*, 2011; *Barcos y Catedrales*, 2012; *Rojo torrente de fresas*, 2012, reúne sus traducciones del ruso de Anna Ajmátova y Marina Tsvjetáieva. Su relato *Balada para Román Schechaj*, publicado en 1997, apareció en edición bilingüe en español y en ruso 2006.

CONTRATAPA



Al acecho, trombas en fuga, disonancias de la imagen, la poesía de Inés Aráoz es propiciadora de lenguaje, descoloniza, rotura silencio, presuriza las voces soterradas del encierro. Quiero decir: si usted se prende en su *Echazón...* se sentirá como de viaje, mullido, frondoso de llanuras, y la alegría -el brinco airoso de lo significativo- lo sacudirá como el volcán sacude la piedra detenida. No tenga miedo, estimado lector, esto es poesía, es decir, resplandor, silabear de la luz, esto es poesía que busca más poesía, y busca en usted un parejero para el alborozo de su danza.

Luis O. Tedesco

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in ines_araoz_echazon.epub.

